

En el corazón del castillo

La viajera estaba entusiasmada. No contaba con encontrar un castillo tan cerca de donde se estaba hospedando. Le habían dicho que no era para tanto, poco más que un montón de piedras que por algún motivo insistían en sostenerse pese a que sus dueños hacía tiempo que le habían abandonado. Pero la viajera hacía oídos sordos a esas palabras. Sabía muy bien que un lugar era mucho más que la gente que lo había habitado.

No le costó demasiado dar con las ruinas del castillo, pero sí algo más de lo planeado. Pese a lo mucho que se movía, la orientación no era lo suyo. Al fin y al cabo se movía por instinto, guiada por todo aquello que le interesaba en lugar de seguir señales y rutas ya trazadas. No es que estuviera completamente desarmada: utilizaba mapas, tenía una brújula a la que daba menos uso del que debería e incluso un compás que no sabía utilizar. Contaba con que antes o después, alguien le enseñaría. De momento, se iba apañando. Su mayor ayuda era su sonrisa. Hablaba con la gente, con las plantas y las rocas y ellos le decían por dónde tenía que ir. No hay cosa que mejore más un día que ver a alguien genuinamente emocionado por algo. Es una expresión concreta, una chispa de ilusión en la mirada y una sonrisa de oreja a oreja. Es el despiste de quien está todavía pensando en aquello que quiere hacer, planeando cada detalle e imaginando cómo sucederá mientras te escucha a medias. Y en el momento en el que su interés se alinea con lo que le cuentas, de repente toda su atención se centra en ti, examinándote y anhelando escuchar más.

Es el tipo de persona que era la viajera y es la razón de que siempre llegara a donde tenía que llegar. Puede que fuera tarde, puede que entrara por algún sitio que definitivamente no estaba hecho para ser una entrada, pero llegaba. Y esta no fue la excepción. Estaba convencida de que se había perdido y tendría que dar la vuelta para buscar otro camino, pero en el último momento lo vio. No era grande, como se había imaginado. ¿Imponente? Desde luego. Efectivamente era un montón de rocas, pero, ¡qué montón de rocas! No había ni una sola pared intacta, pero la fachada había sobrevivido bastante bien. Se acercó dando pasitos sobre la hierba, con algo de timidez pero una enorme sonrisa en el rostro. Para sí, le dio los buenos días al castillo y se acercó algo más, hasta tocarlo. No había una piedra igual a otra, ni en color ni en forma. Algunas todavía llevaban trazadas las marcas de quienes las habían escogido para ayudar en la creación del edificio. Pasó la mano por ellas, llena de ternura.

Hacía falta mucha gente para levantar una construcción así. Muchísimas personas intervenían en la creación y más allá de quien hubiera vivido entre sus paredes, el corazón del castillo no estaba ahí. Por lo menos, no del todo. Vivía en los corazones de todos aquellos que habían intervenido para crearlo, en la ilusión volcada y la delicadeza utilizada. Cada piedra escogida y colocada con cuidado, algunas todavía con la marca de su creador. Cada pared diseñada para aguantar un vendaval y resistir el paso del tiempo. Y puede que ahora no luciera tanto como al principio, pero en algún momento había sido la casa de alguien. Había sido un refugio, un hogar, una fortaleza. Había gente que se había sentido a salvo entre lo que ahora eran ruinas y le pareció que el castillo necesitaba un poco de cariño.

Los humanos tendían a abandonar a sus creaciones una vez se apartaban de su estética o propósito original. Se parecían a Dios en ese sentido, pero no le sorprendía. La Diosa era más caritativa, pero incluso ella terminaba por olvidarse de sus hijos. Y los humanos no tenían ni la mitad de concentración, por lo que era simplemente... natural.

Dio la vuelta, rodeando el lugar. Por detrás estaba todavía peor, tan solo el perímetro y algunos cachos de muro habían sobrevivido. Si había habido varios pisos o un tejado, ya no se sabía. Alguien había sido diligente y se había llevado la mayoría de restos... por desgracia. Esperaba que los hubieran reutilizado en lugar de tirarlos por ahí, pero qué se podía esperar. La viajera acarició con cariño la piedra, murmurando palabras de aliento. Era el castillo más pequeño que había visto, pero desde luego era hermoso.

Pese a que le gustaría, no tenía forma de devolverlo a su antigua gloria. Pero había belleza en su estado actual y habría dado muchas cosas por lograr que la gente que vivía a tres pasos de él lo viera igual. Incluso las ruinas necesitan algo de cariño de vez en cuando. Cargan con muchísimos recuerdos, buenos y malos. Sin la atención adecuada, la soledad se va apropiando de ellos y terminan presos del viento y la nostalgia. Rechazan a los visitantes en lugar de aguardarlos con ilusión.

Pero a la viajera le había dado una maravillosa bienvenida y sabía con solo mirarlo que todavía no era tarde. Alguien había estado cuidando del castillo y empezaba a preguntarse de quién se trataría cuando escuchó unos pasos delicados a su espalda.

Se dio la vuelta y al ver a la recién llegada los ojos verdes de la viajera relucieron con un brillo más intenso de lo habitual.

Una Cambiante. Claro. Alguien como ella entendería de sobras las necesidades del lugar. Al fin y al cabo, los Cambiantes eran Atalandes, hijos de la Diosa. Curiosamente, solían ser más intuitivos que su madre. Algunos. Le dedicó una sonrisa que fue correspondida con brevedad antes de perderla de vista entre los pocos muros restantes. Siguió sus pasos sin dudar, dispuesta a hacer una nueva amistad. La recién llegada parecía humana a primera vista; ojos pequeños y marrones, muy oscuros. Formas delicadas y cuerpo menudo oculto por un largo vestido blanco que arrastraba por la hierba. Anillos y collares de fina plata, tan sutiles que solo se veían cuando refulgían a la luz. Pero a ojos expertos como los de la viajera no podía engañarlos. Su pelo la delataba. Negro, liso y largo, hasta más allá de su cintura. Había viento alrededor de ambas, pero su melena apenas se inmutaba. Y si mirabas de cerca, más de cerca, si cambiabas por un momento tu visión y veías de verdad lo que había, te darías cuenta de que no era pelo... sino plumas. Un intrincado tapiz diseñado para engañar a todo aquel que vivía en la ignorancia, para proteger a los extraños de algo que quizá no pudieran entender y a ella de sus reacciones. Pero la viajera podía verlo y sabía lo que significaba. Hacía tiempo que no se encontraba con una Cambiante, sin embargo. Solía perderse por sitios a menudo inhóspitos y a su clase les gustaba mezclarse con los humanos.

-Hace un bonito día.- dijo con amabilidad. La Cambiante se giró hacia ella, sonriendo de nuevo.

-En efecto. No es de por aquí, ¿verdad? Sea bienvenida.

-Gracias. Es un hermoso castillo, me alegro de haber llegado.

La Cambiante acarició una de las paredes con el mismo cariño que le había dedicado la viajera. Sabía que no podía hacerlo, pero por cómo cambió la atmósfera uno podría jurar que el castillo acababa de ronronear. Claramente el lugar estaba unido a la mujer.

-Me alegra saber que hay alguien pendiente de este lugar. Me deja mucho más tranquila.

Había sinceridad en sus palabras, pero fue precisamente eso lo que puso en guardia a la Cambiante. Se acercó un poco más, mirando a la extraña con atención. Era claramente humana, por lo menos a primera vista. Y la Cambiante tenía ojo para esas cosas. No le parecía que escondiera nada, pero sus ojos eran demasiado despiertos para ser una humana cualquiera. Aunque por supuesto, ¿cómo preguntar? Por suerte para ella, no tuvo que hacerlo. La viajera se delató a sí misma mientras se colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja, con algo de timidez.

-No sabía que hubiera Cambiantes por la zona. Explica por qué todo está tan bien cuidado.

-No era consciente de que alguien de tu clase fuera capaz de ver esas cosas.

Valientes palabras para alguien que vivía entre humanos, pero los prejuicios eran algo habitual y definitivamente no era la primera vez que la viajera se enfrentaba a ellos. No estaba segura de entenderlo del todo, pero si ella estuviera disfrazada y segura de engañar a todo el mundo, tampoco le gustaría que le descubrieran como si nada.

-No lo somos. Normalmente. Hubo un... incidente, hace ya mucho tiempo. Desde aquella, puedo... ver. Ver de verdad.

El quién era antes no lo recordaba, pero tampoco se había esforzado mucho en hacerlo. Cuando abrió los ojos por primera vez tras el incidente, todo a su alrededor parecía haber cambiado. Era lo mismo y a la vez no lo era. Los colores eran más vívidos, los sonidos más claros. Había información por todas partes, esperando a ser descubierta. Le parecía que de alguna manera todo respiraba. Desde que había sucedido había encontrado toda clase de seres que no podía creer que existían, pero estaban ahí. Al alcance de la mano, viviendo en este mundo como cualquier humano. Algunos se mezclaban, otros se retiraban a los bosques y otros lugares apartados. Otros construían sus propias ciudades, bien ocultas.

No le había llevado mucho tiempo decidir lo que quería hacer. Lo abandonó todo para entregarse a los caminos. No escribía, no fotografiaba, no recogía ninguna prueba de sus hallazgos. Pero hacía amigos y se levantaba cada día con una energía indomable. Su ansia de conocimiento era insaciable y por eso sus pies nunca se detenían. No tenía forma de parar, pero... tampoco quería. La Cambiante, sin embargo, le miró con pena.

-¿Quién te concedió tan terrible don?

La viajera parpadeó, confusa. ¿Terrible? Era lo mejor que le había pasado jamás.

-No lo sé. No lo recuerdo. Pero no es algo malo, es... es mi vida, ahora. No la querría de otro modo.

La Cambiante se acercó más y posó la mano en su mejilla, acariciándola. Podía ver sus plumas de cuervo plácidamente recogidas a su espalda.

-Los de tu clase no estáis hechos para esto. Es demasiado. Tarde o temprano, os consume. Los hay fuertes, claro, pero...- sus ojos vagaron de arriba abajo por el cuerpo de la viajera - no parece que sea tu caso.

-¿Q-qué? ¿Por qué lo dice?

-Oh, mírate. Eres una bola de nervios andante. No puedes parar, ¿verdad? Necesitas saberlo todo y cada cosa que ya conoces se te vuelve insípida al instante. Lo he visto antes. Hacía tiempo, eso sí. Y eres tan ajena a tu condición que me has confundido al principio. Tan alegre, tan despreocupada... no te has dado cuenta de cómo acelerabas, ¿verdad?

Fue a responder, pero no fue capaz. Empezó a repasar en su cabeza los pasos que había trazado para llegar hasta allí. ¿Cuál era el último sitio que había visitado? Algunas imágenes sueltas se aparecieron en su mente. Una ciudad verde, escondida en las copas de los árboles. Dos niños con cuernos peleando por un trenecito de madera. En seguida se volvieron borrosas. Recordó las caras de la gente que había encontrado en sus viajes. Las que podía enfocar, ¿eran amables o condescendientes? ¿lo había malinterpretado todo? ¿En qué momento se había ido? Espera, ¿de dónde se había marchado?

-Oh, pequeña... no pretendía asustarte. Me temo que no hay nada que se pueda hacer, no vale la pena angustiarse. Ven, estás muy... alterada.

Cogiéndola con firme delicadeza por los hombros, logró que la viajera se sentara junto a ella en una de las piedras que conformaban el castillo. Estaba hiperventilando, lo cual aunque normal resultaba sin duda contraproducente para ella.

-Esto... ¿es de verdad? ¿Qué debo hacer?

-Nada, acabo de decírtelo. Asumirlo. Haz las paces con ello. Podrías esperar a que pase aquí en el castillo; estoy segura de que no se opondrá a algo de eterna compañía.

La última frase pareció terminar de asustar a la viajera, que se levantó y se alejó de la Cambiante con el pánico en la mirada. Miró a la fachada del castillo y la mujer cuervo pudo ver cómo se le rompía el corazón. No era capaz de aceptar, claro.

-Descuida, querida. Seguiré cuidando de él.

Asintió primero, antes de empezar a negar lentamente con la cabeza. En cuanto logró apartar los ojos de la construcción, sus pies cogieron vida propia y le hicieron alejarse. Echó a correr hasta perderse de vista mientras la Cambiante la miraba sin alterarse. Una vez no hubo nada más que ver, se levantó y tras alisarse el vestido volvió a acariciar la fachada del edificio. Al contrario que la humana, ella sí tenía una verdadera razón para estar allí.

-No parece que vaya a durar mucho más, ¿verdad? - comentó en voz alta, como si las piedras fueran a responderle.- Tendré que avisar a alguien del pueblo, o los coyotes llegarán antes a por ella. No hay por qué dejar que eso pase.

Se quedó ahí un rato más, confortando al lugar y comprobando que estaba en buen estado. O por lo menos, en todo el buen estado que podían estar unas ruinas. Recogió la basura que había por el suelo, colocó derecho el cartel que decía su nombre y contó cada piedra para asegurarse de que nadie había robado ninguna. Para cuando acabó parecía que el sitio reluciera con felicidad propia y ella supo que podía irse.

Tras despedirse, echó a andar con tranquilidad por la hierba. No había sido su encuentro más extraño; el castillo solía atraer a toda clase de personas y de historias. Sin embargo, había sido bastante curioso.

Hacía al menos trescientos años que no conocía a nadie que hubiera sido castigado de esa manera. No podía evitar preguntarse qué habría hecho la pequeña viajera para merecerlo. Qué había detrás de esa felicidad e ingenuidad tan irritantes. ¿Ira? ¿Avaricia? ¿Pasión? Le habría gustado descubrirlo.

Sin embargo, sabía muy bien que ya no había manera. En el bosque, lejos del castillo, los pasos de la mujer se habían detenido. Estaba sudando y no era capaz de controlar su respiración. Todo le daba vueltas, cada cosa que había aprendido en las últimas semanas resonaba en su cabeza y los árboles brillaban a su alrededor, mareándola.

No pasó mucho tiempo hasta que dio con su cuerpo en el suelo; todavía una mano en el pecho, todavía intentando hacer que su corazón no se detuviera. Pero había cometido un crimen y ahora debía pagar el precio. Lejos de allí, en una pequeña habitación alguien brindaba a la salud de su muerte, regocijándose en el triunfo.

Incluso los hijos de la Diosa podían ser rencorosos y vengativos cuando su orgullo se rompía. Y para desgracia de la pobre viajera, había aprendido esa información demasiado tarde.

A stylized, handwritten signature in black ink, located in the bottom right corner of the page. The signature is fluid and cursive, with a large, sweeping 'S' or 'B' shape at the beginning.